

## Los muñecos del imperio

Juan Antonio Isla Estrada

- **Crónica de una ejecución anunciada.**
- **Las verdaderas razones de la guerra y ocupación estadounidense en Irak.**

Ocupados que estábamos en despedidas al año viejo y bienvenidas al nuevo, el horror de la ejecución de Saddam Hussein fue una noticia esperada pero no por ello agradable desde cualquier perspectiva posible que se analice el tema.

En la madrugada del sábado 30 de diciembre tuvo lugar la infausta y primitiva ceremonia en uno de los centros de tortura utilizados por el gobierno del ex dictador en Kadhamiya, al norte de Bagdad, que actualmente funciona como cuartel de los servicios de inteligencia iraquíes, al mando del gobierno norteamericano.

Hussein tenía 69 años al momento de su muerte y llegó al cadalso sereno, sujetando un libro del Corán con sus manos atadas. Resuelto y valiente subió uno a uno los escalones de madera que lo llevaron al patíbulo. En su cabeza solo cabía la oración y si acaso el arrepentimiento por haber sido encontrado por soldados norteamericanos como un animal en su madriguera. Se negó a que le pusieran una capucha y varios testigos (entre soldados, funcionarios y jueces que presenciaron el macabro espectáculo) aseguran que Saddam en los últimos instantes de su vida se dio tiempo para alabar a los 'muyahidín' y a los 'yihadistas', insultar a los persas y proferir horribles palabras contra todo Occidente.

Uno de los jueces presentes en el acto, Munir Haddad, relató que las últimas palabras de Hussein fueron las siguientes: "Espero que permanezcáis unidos y os advierto: no confiéis en la coalición iraní, esa gente es peligrosa". Otro testigo reveló lo siguiente: "No trató de resistir y no pidió nada. Tenía en sus manos un ejemplar del Corán, que deseó enviar a una persona. Alguien tomó el nombre del destinatario del Corán y prometió cumplir el pedido".

Minutos más tarde una cadena de televisión privada iraquí difundió imágenes del cadáver de Hussein envuelto en una mortaja blanca. Unas horas después del cumplimiento de la sentencia cadenas internacionales de televisión difundieron una secuencia de unos 20 segundos filmada clandestinamente por un soldado con su teléfono celular. En ella se ve al ex mandatario iraquí vestido con un traje oscuro y una camisa blanca siendo conducido al cadalso por dos hombres enmascarados que le colocan un pañuelo negro en el cuello, y luego una soga. Las imágenes oficiales se detienen en esta última secuencia y no muestran el ahorcamiento. En la toma clandestina sí se alcanza a ver la caída del cuerpo y luego se ve un acercamiento al rostro de Saddam, aparentemente en el suelo, antes de ser amortajado.

Hasta aquí la crónica de la ejecución de un hombre acusado de la matanza de miles de iraquíes (aproximadamente 180,000 kurdos en las denominadas "campañas de Anfal" entre 1987 y 1988) durante sus 24 años de gobierno, si bien la condena a morir en la horca, dada a conocer el 5 de noviembre, había sido por la matanza de 148 aldeanos chiítas en el poblado de Dujail, supuestamente en represalia por un atentado frustrado en contra de Hussein en 1982.

El ex dictador dirigió el país con mano de hierro durante un cuarto de siglo (de 1979 a 2003). Tuvo como preámbulo de su proceso la imagen de su efigie de bronce derrumbada grotescamente por soldados invasores en una plaza de Bagdad y luego su detención el 13 de diciembre de 2003 cerca de su ciudad natal de Tikrit (60 km al norte de la capital) por un comando estadounidense que lo encontró en un escondite subterráneo para luego ser trasladado a un lugar secreto en donde permaneció sujeto a juicio durante los últimos años.

Aunque se afirme que fue un proceso 100% iraquí, el anuncio de la muerte del otrora poderoso líder musulmán que fue considerado el mayor enemigo de los norteamericanos (más concretamente de la familia Bush), fue acogido con disparos de alegría y jubilosas ráfagas de ametralladoras en barrios de Bagdad con mayoría de población chiíta, pero en realidad es una

etapa más de una historia de violencia y muerte en aquel país agobiado por la ocupación del ejército extranjero y por divisiones étnicas y religiosas (solo el día de la ejecución de Saddam, la capital iraquí vivió una jornada de sangrientos atentados que costaron la vida a un centenar de personas al estallar tres coches bomba en un barrio del noroeste de la ciudad).

La ejecución de Saddam Hussein es la cereza del pastel de un banquete de horror elaborado por el presidente del país más poderoso del mundo y que inició, con mentiras y sin el aval del Consejo de Seguridad de la ONU, una guerra que ha cobrado la vida de más de 3 mil soldados norteamericanos y de decenas de miles de iraquíes, en su gran mayoría civiles. Los argumentos de 'Georgi boy' han caído uno a uno: nunca se comprobaron los hipotéticos lazos entre Hussein y Osama bin Laden y quedó al descubierto la falacia de un supuesto acopio de armas de destrucción masiva. Finalmente no quedaba otra justificación para quedarse en el territorio iraquí que el prejuicio de establecer una democracia estilo occidental, cuando en el fondo la guerra y la presencia del ejército de las barras y las estrellas ha tenido el petróleo como exclusivo fundamento y objetivo.

La brutal invasión y los miles de muertos que ha ocasionado EU tienen como explicación única la razón geopolítica. El avance estratégico del imperio cubre el mapa de los yacimientos más importantes de hidrocarburos en el medio oriente. El 'tío Sam' tiene las botas puestas en Afganistán e Irak desde donde puede vigilar las reservas rusas del mar Caspio, que surte a la Unión Europea. No hay otros motivos más que los geoestratégicos. Sus encubrimientos de velar por la democracia y la paz mundial son ridículos. Los pretextos de las guerras preventivas ya nadie se los cree. La economía y la energía para moverla (sólo los EU consumen la cuarta parte de la producción mundial del petróleo) son el eje de atención de Washington y para ello no importa que a diario mueran centenares de civiles de una nación que se resiste a la ocupación y se desangra en sus pugnas intestinas.

Nadie puede poner en duda que para mantener la estabilidad y la cohesión de un pueblo históricamente dividido, Hussein se convirtió en un criminal abominable y cruel. La tragedia del pueblo iraquí es que ahora es víctima de unos asesinos más sanguinarios de lo que fue su propio dirigente. El ejército norteamericano no solo no procura la paz sino la destruye cotidianamente y contribuye a una pira sacrificial sin límite y sin escrúpulo. El castigo a Saddam Hussein no encuentra más que reprobación del mundo civilizado. Como alguien editorializaba hace unos días a propósito del suceso que comentamos: "Lo edificante no es matar a los asesinos, sino reparar lo que destruyeron". Y los yanquis han hecho todo lo contrario.

El imperio no sólo asesinó a Hussein sino después de su muerte le sigue sirviendo de escarnio y lucro. La empresa estadounidense 'Herobuilders', dedicada a elaborar figuras de plástico de personajes públicos, creó un muñeco del ex presidente iraquí Saddam Hussein con una soga al cuello, simulando su ejecución. Es una pieza de 30 centímetros vestido con una camiseta en la que se lee la leyenda "imbécil colgado" y se puede adquirir por la Internet.

El mismo día que la empresa de juguetes tan originales y siniestros lanzó el muñeco de Hussein, sacó réplicas de otros antihéroes: el del presidente venezolano Hugo Chávez y de su homólogo iraní, Mahmoud Ahmadinejad. Todos ellos enemigos de la gran potencia, todos ellos muñecos que inspiran odio y burla, todos ellos que, según los simpatizantes de la supremacía yanqui en el mundo, son una amenaza y debieran terminar en la horca. Los nuevos juguetes ya no son los héroes de ficción sino los antihéroes que representan la maldad, los iconos que se erigen como enemigos del imperio.